

cada día
ntaja de
ño á in-
arios, les
ores que
onstruirse
es sica-
o eso ni
el me-
ontonar
logo im-
atálogo,
es otras
bros, de
in tener
ncia la
los clá-
Montai-
á leer á
s de los
sabrán

presen-
ban de
ario en-
ción, un
con la
nta cén-
nte que
reglar-
nseñan-
palacio
Aque-
lacia el

ara que

desarra-
le bron-
inando
ños an-
rios jó-
n ledo
que sí;
e saber
los que
is pági-
do que
s cosas
lientes,
ero que
ne dijo
le que,
postin-
esante-
so crea
n flaco

la valer
blo tu-
a y co-
de los
mplea-
e de la
s, sería
agua á
res en
nece-
como
atro de
as ren-
ue, ha-
es un

los al-
, acaso
rían, ó
contu-
s ver-
ello en

supers-
ectual.
ldrá la
uchos
tiende
cia es
, y to-
en un
ción es
ay que

AN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días se ha movido revuelto por una cuestión baladí: si han de circular ó no coches el Jueves y Viernes de la Semana Santa. Y digo cuestión baladí y de poca monta, porque, al menos en Madrid, el que dejen de circular algunas horas, por algunas calles, coches y tranvías, no perjudica, y es agradable á mucha gente, empezando por los cocheros y las niñas cursis, que aprovechan la ocasión de echarse á la calle sin recelo de ser estrujadas, á lucir el palmito, los claveles y la mantilla. Y si la suspensión breve y parcial de los coches á nadie molesta, y gusta á no pocos y á no pocas, y es una costumbre enteramente inofensiva, sólo la estrechez sectaria puede hacer de esto un problema, ni más ni menos que si se tratase de derrocar el pedestal del brasero de la Inquisición.

En todas partes la costumbre se respeta, cuando no acarrea perjuicios. Aquí, en nuestra condición agitada, no podemos transigir con hábitos asaz indiferentes. La política se cifra en estas minucias. Un día se va á hacer propaganda con los pescaderos para que en Semana Santa no exhiban la quisquilla apetitosa, el cangrejo amigo de la manzanilla y del sauternes, las almejas estrechamente aliadas al arroz, el salmón de rosadas conchas, el percebe literariamente deshonrado y el mero blanco y firme. En vez de tales tentaciones gastronómicas, se les obligará á presentar, y fastidiarse los reaccionarios, un cesto con sesos de ternera, costillares de cerdo, cabeza de jabalí y pájaros fritos. Preveo la hora, fatídica para el sentido común, en que el Carnaval se traslade á la Cuarema, y la Pascua de Navidad al día de Corpus.

Y el caso es que nadie tiene el menor empeño en cambiar los hábitos tradicionales; el caso es que el cerrarse los teatros durante algunos días de esta semana, no es capricho de empresarios, sino convencimiento de que el público no iría; el caso es que pocos madrileños y madrileñas prescinden, el Jueves y el Viernes, de su bacalao frito y sus garbanzos con espinacas; el caso es que las calles están, en estos días, que no se puede dar un paso, y las iglesias que no se cabe, y los sermones rebosan, y hay que suponer que es importunidad, cuando menos, empeñarse en volver del revés lo que todos encuentran bien del derecho.

Es posible que hasta los efectos sean contraproducentes, y se despierte mayor entusiasmo y cariño por la costumbre, si se la quiere ahogar con violencia.

Era el primer viernes del mes de marzo. En tal día se venera especialmente la efigie del famoso Nazareno de Medinaceli, cuya devoción es en Madrid proverbial. Los capuchinos, que cuidan del culto en la típica iglesia de Jesús, colocan ese día la efigie en una cámara alta, y ante ella desfila el gentío, que puede adorarla, besar sus manos y pedirle tres gracias. Una leyenda afirma que, de las tres, una por lo menos otorga el Cristo. Y vierais, desde que aman-

ce, acaso toda la noche, larga cola, que llega hasta el Dos de Mayo, esperando el momento de penetrar en la cámara, de adorar al Nazareno, dramática y realista figura, obra de uno de esos grandes escultores ibéricos, que presintieron la estética del romanticismo y prefirieron el sentimiento y la expresión á la corrección de líneas y á la serenidad griega. Nunca se repetirá bastante que esta escultura genuinamente española, de los santos de madera, ha producido primores de arte, y de un arte que tiene el mérito de pertenecernos exclusivamente y ostentar el sello genuino de nuestra raza. El Nazareno de Medinaceli, vestido con una luenga túnica color de pensamiento bordada de oro, y colocado á la misma altura que los devotos que desfilan ante él, parece algo real y vivo, no imagen de madera; una persona, triste y grave, que nos mira y nos habla. Dos capuchinos, callados, le hacen la guardia. La gente pasa, pasa, no se interrumpe la corriente del río humano; y no he visto mayor compostura. No hay una carcajada, no hay un conato de desorden, aquí donde todo el mundo va á todo con el aire irónico del que desdeña lo mismo que está haciendo. La multitud (á la hora en que yo fui, por la tarde; la gente elegante había elegido la mañana) la componían mujeres de velito raído, hombres de faz seria, curtida, surcada por esas arrugas que son cicatrices de heridas recibidas en la batalla por el vivir; humildes burgueses y padres de familia, obreros rudos, mesocracia sin aspiraciones y con penas y estrecheces; turba á la cual bien podía decir el divino Nazareno: «Venid á mí, los que estáis abrumados, que yo os aliviaré.» Y la larga procesión no se interrumpía, y la cola era cada vez más prolongada, y se aguardaba pacientemente la vez para entrar, al través de los estrechos pasillos, en el aposento donde el Señor daba audiencia...

La dulzura de la tradición flotaba sobre las cabezas y suavizaba los corazones. En Madrid, donde ciertamente no se hace gran cosa para sostener el culto ni para prestarle interés y atractivo, hay, sin embargo, varias devociones populares de este género: arraigadas, conservadas, con la poesía innata que el pueblo cultiva sin darse cuenta. Y sin embargo, repito que apenas hay solemnidad en estas iglesias matritenses, y que la Semana Santa de la corte—al menos en las calles, desde que se ha suprimido la regia visita á los sagrarios—no ofrece cosa que digna de contarse pareciera.

Las procesiones son más bien deslucidas. Ha aparecido, sin embargo, un señor, una persona sensata, que ha tenido la excelente idea de regalar á Madrid copias fieles de los célebres «Pasos» de Salzillo, que se admiran en Murcia. Llor al generoso donante. Veo en él al heraldo del renacimiento del buen gusto religioso, tan eclipsado desde que nos han invadido los quemables y antipáticos santos á la francesa, las figuras almibaradas y dulzonas de cartón piedra, retocadas de purpurina. Una nación donde tanto abundan las magnificencias artísticas en los templos; donde se conservan las obras de Gregorio Hernández y Salzillo, Montañés y Juan de Juni, ¿no debiera caminar por la vía que ellos dejaron expedita, en vez de aceptar género extranjero?

En ninguna parte, sino en España, se produjeron esas hechiceras figuritas del Niño Dios, ya con la mano extendida para bendecir, ya dormido sobre la cruz, ya sentado sobre un peñasco, abrazado á una calavera, inundado de lágrimas el rostro, viendo como en profecía los males del mundo. Pues bien; hoy, en lugar de limitarse á reproducir alguna de esas monerías, ó, si se quiere, de hacer que un gran escultor modele un Niño Jesús á la moderna, pero sentido y bello, lo que se hace en los conventos, iglesias y casas particulares que tienen oratorio ó capilla es adquirir en el primer bazar de objetos religiosos alguna de esas muñecas que hacen competencia á los bebés de porcelana ó de celuloide, y que el impudor industrial bautiza con el nombre irreverente de Niños de Belén. Tales monigotes soliviantan mi indignación de española clásica, y cuanto más bonitos los encuentran los devotos, más rabio. No sé apartar la idea de belleza de la del sentimiento religioso. Prefiero un rudo santo de palo, tallado al cuchillo por un pastor, á estos San José de sonrisas estereotipadas, á estas Vírgenes abobadas, frías y convencionales como los cromitos que se dan de premio en colegios de niñas.

El señor que ha regalado los «Pasos» de Salzillo merece bien de todos los que creemos que el arte debe ir unido al culto como la sombra al cuerpo. Andando el tiempo, cuando ya los extranjeros, más despiertos, hayan cargado con todo lo que aquí teníamos, empezaremos á echar de menos los tesoros del antiguo arte religioso, sublime en su decadentismo—si se quiere dar este nombre á formas de nuestra devoción peculiar, realista y humana.

Serán restauradas y rehabilitadas las «imágenes de vestir», que, cuando están bien entendidas, son de un efectismo admirable. Nadie negará la hermosura de la *Dolorosa* española, la Madona de los siete puñales, cantada por Baudelaire, que supo, con fino instinto de artista, adivinar lo que en su niñez no sintió, pues al cabo no era español el poeta. Una *Dolorosa* vestida de negro terciopelo, orlada la faz por los encajes de su lúgubre toca, cruzadas las manos largas y pálidas que sostienen el pañuelo, y acribillado el pecho por los cuchillos agudos de puño de plata, es una de las cosas más románticas que se han podido imaginar. De sobra sabemos que la Madre de Dios no vestía así, ni llevaba tales cuchillos, símbolo de los misterios de dolor de la Pasión. Pero ¿acaso podemos responder de que la Virgen vistiese como está representada en ningún cuadro ó estatua de los infinitos que el arte consagró? Cada artista y cada época han sentido é interpretado á su modo la figura de María. Obedeciendo á influencia de raza, los artistas españoles la han imaginado con el continente austero de una dueña noble del tiempo de los Austrias, y han materializado la idea de sus dolores y sufrimientos al pie de la cruz con los puñales del martirio de su espíritu. Lo repito, volverá, no está lejos el tiempo en que—devoción aparte—se comprenda la intensa poesía de los grandes *Nazarenos* vestidos de morado y las *Dolorosas* de negro manto magnífico y rostro pálido, en que los ojos de cristal parecen nublados por un llanto incesante.

Algunas ceremonias religiosas de la Semana Santa madrileña no carecen de interés y esplendor. Entre ellas cuento el ostentoso culto de la capilla de Palacio, sin olvidar la extraña y solemne ceremonia del Lavatorio, y los Oficios que celebran las Ordenes militares. Tres de éstas, Calatrava, Alcántara y Montesa, se congregan en la iglesia de las Calatravas; la otra Orden, Santiago, los celebra sola en la iglesia de las Comendadoras, decorada con estandartes que recuerdan batallas y triunfos.

Tiene mucho de pintoresco el despliegue de los largos mantos blancos, en los cuales se conoce el tiempo que llevan de pertenecer á la Orden sus dueños, pues los santiaguistas jóvenes ostentan un trozo de tela de una albura de nieve, mientras los paños de los viejos han adquirido la ranciedad de un hábito de monje pintado por Zurbarán. El público que asiste á la arcaica y noble ceremonia, más que devoción, siente la curiosidad de estos blancos caballeros que cruzan como fantasmas y se inclinan y se postran ante la Cruz. Todo se comenta: la blasonada bolsa de damasco carmesí en que un criado correcto lleva el manto á la sacristía; la figura de cada santiaguista, su manera más ó menos airoso de hacer las genuflexiones, la gracia y sultura, ó todo lo contrario, con que recoge aquel río de tela que desde sus hombros rueda al suelo, y arrastra dos metros más allá de los pies. Y se alaba la gallardía del que maneja bien tan largo apéndice, y se pronuncian en voz baja nombres ilustres, que suenan como choque de tizonas en riña del siglo XVII. Hay un comentario simpático para la apostura y la juventud del infante de Baviera, santiaguista como su padre, el esposo de la infanta Paz; hay otro para el «gran aire» (como diríamos empleando un galicismo) del duque de Tamames, comendador de Montalbán, que lleva con señorío su manto, bajo el cual se entrevé su uniforme de coronel. Allí, detrás de la reja, se adivina á las monjas, las Comendadoras, freiras de la misma Orden, y todo ello, por unos instantes, hace revivir días pasados, sino precisamente aquellos en que los Maestros de la Orden hacían sombra al rey, siquiera los otros en que una leyenda quiere que un rey pintase sobre el jubón de un gran artista la venera roja, la cruz gladiada.

En las calles, alegría, buen humor, mantones de Manila cubiertos de flores extravagantes y llevados por mujeres morenas de pelo lustroso, que se dirigen á la Cara de Dios. ¡Qué salto, desde la melancólica iglesia de las Comendadoras al bullicio callejero!

Y en pos, el Sábado de Gloria, con la impaciencia por que den las doce de la noche, y se pueda engullir una chuleta ó un filete, como desquite de los cuatro días en que se ha rendido humilde tributo al bacalao y á las espinacas. A decir verdad, pocos son los que guardan la vigilia el Sábado de Gloria. Y yo creo que este horror al pescado dimana de que la gente no se ha enterado de las últimas teorías de la ciencia. La prescripción de alimentos vegetales y lactinios, como cura de innumerables enfermedades y prevención contra las demasías, nos indica que ni pescado ni carne nos convienen. Otro régimen más sencillo priva ahora, y se vuelve á los sencillos alimentos de la égloga: leche, frutas, legumbres.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.